¿Es posible conocer a un pueblo únicamente a través de su lengua sin evitar malentendidos?

Miren Josune Marco Oqueranza
(Profesora colaboradora del Instituto Cervantes de Río de Janeiro)

Marcela Adriana de la Heras de Zanini Matos
(Profesora colaboradora del Instituto Cervantes de Río de Janeiro)

Hasta hace poco tiempo, la mayoría de los manuales se ocupaban únicamente de mostrar la lengua como un sistema donde había que seguir unas reglas para tener un buen dominio de ésta, olvidaban por completo que todo eso de poco nos serviría si no sabíamos en qué circunstancias debíamos usarlo.

Es verdad que resulta imprescindible conocer ciertos secretos y fórmulas para poder hablar de manera correcta una lengua extranjera, en nuestro caso el español, pero éstos no son siempre los únicos requisitos para comunicarse de manera eficaz. No debemos olvidar que comunicar es, según Casares, «la capacidad de transmitir a un interlocutor nuestros pensamientos, sentimientos, ideas… es «informar, hacer saber a uno alguna cosa» (Casares, 1979: 204).

Por ello, además de conocer la lengua como sistema, debemos saber cuáles son las costumbres y, en definitiva, la cultura de la comunidad que lo utiliza. Pues, incluso, entre personas que comparten la misma lengua se pueden dar momentos de incomprensión y, por tanto, de ruptura de la comunicación motivados por esa falta de conocimiento. El día de Todos los Santos, por ejemplo, un español que no conozca la cultura mexicana vería con espanto la forma en que los mexicanos recuerdan a sus difuntos haciéndoles un homenaje cargado de alegría y festividad ya que para ellos la muerte sería motivo de respeto, tristeza y recogimiento y nunca de júbilo.

Por tanto, nos resultará imprescindible tener acceso a ciertos aspectos de la vida cotidiana, del lenguaje corporal, las convenciones sociales,... del pueblo de nuestra lengua meta para evitar ciertos apuros y malentendidos.

De esta manera, además, de acercarnos al otro rompiendo ciertos prejuicios y estereotipos, a menudo, tan enraizados en el imaginario colectivo de un pueblo, tendremos la oportunidad de conocernos más a nosotros mismos y a nuestra propia cultura.

Así, la conexión que encontramos entre estos dos conceptos señalados —lengua y cultura— es muy fuerte y difícilmente los podremos imaginar por separado. Sebastiá Serrano (1980: 17) señala que:

> la lengua se nos manifiesta como el hecho cultural por excelencia, y eso por diferentes motivos. Primero porque es parte de la cultura, una de aque-

llas actitudes o hábitos que recibimos de nuestros antepasados a través de la tradición. En segundo lugar porque el lenguaje es el instrumento esencial, el medio privilegiado por el cual asimilamos la cultura de nuestra comunidad. Un niño se hace miembro de la comunidad, aprende la cultura porque se le habla: se le razona, se le parlotea, se le murmura, se le riñe... y eso con palabras. Es verdad, y no tardaremos en ver que también con gestos y movimientos del cuerpo que acompañan al lenguaje. (...). La lengua es el sistema que traduce todos los demás sistemas. Por eso ocupa un lugar privilegiado en el mundo de la cultura.

(...) La percepción del mundo que tenemos nos viene programada por nuestra lengua, y no resultaría excesivamente aventurado aplicar este principio a la totalidad de la cultura. Es decir, personas de diferentes culturas no sólo hablan lenguas diferentes sino que, en cierto modo, habitan diferentes mundos sensoriales.

En este trabajo nos centraremos, por tanto, en algunos de los malentendidos que pueden llegar a darse entre ambos mundos —el brasileño y el hispánico— si no tenemos un conocimiento previo de lo pragmático y cultural y de esa manera reforzar todo lo mencionado anteriormente.

Aspectos tan simples y comunes en nuestro día a día como los saludos, los horarios, la puntualidad, la duración de la estancia, los regalos, el lenguaje corporal podrán ponernos en más de un aprieto.

Por eso debemos saber que, aunque los españoles no tengamos como nuestra principal virtud el ser puntuales, si alguien nos invita a su casa no nos atrasaremos más de quince o veinte minutos mientras que para un brasileño ese atraso se convierte en algo obligatorio y de al menos media hora, lo contrario no sería correcto pues puede que encontremos a nuestros anfitriones todavía no preparados para recibirnos.

Y, si después de llegar a nuestro destino nos saludamos, que es así como lo mandan los cánones, ¡cuidado!, ya que los brasileños, posiblemente como consecuencia de ser habitantes de un país tropical, nos darán un fuerte y cálido «achuchón» que durará unos cuantos segundos y que a nosotros españoles nos puede resultar un tanto *constrangedor*.

Está claro que las palabras comunican, el silencio intencionado comunica y el espacio también. El hombre estructura de forma inconsciente su microespacio, esa distancia que juzga adecuada entre él y los interlocutores frente a frente.

Sabemos que existen culturas como la japonesa, la norteamericana o la inglesa, que para sentirse cómodos sin sentirse amenazados, necesitan un margen de seguridad bastante amplio. En cambio, los árabes, los latinoamericanos o los españoles pertenecemos a la cultura de la aproximación, del contacto.

Transgredir las reglas que rigen el comportamiento espacial de cada sociedad, también puede provocar perturbaciones en mayor o menor grado en el desarrollo

de cualquier interacción. Elegir la distancia adecuada durante una conversación con miembros de otras culturas será fundamental para no crear una cierta incomodidad o malentendido.

Estos son algunos de los muchos ejemplos de una larga lista de situaciones con las que nos podremos deparar y es por eso que será al profesor a quien le competa, cuando se estudien los saludos por ejemplo, además de enseñarle al alumno las fórmulas correspondientes, informarle de cuál es el ritual que debe seguirse para que lo aprendido tenga un éxito total.

También tendremos que aprender el lenguaje gestual para poder utilizarlo en el momento y de la manera adecuada. De esta manera, si en Brasil queremos expresar que la comida que nos han servido era muy buena nos tocaremos el lóbulo de la oreja y, sin embargo, este gesto será interpretado por algunas comunidades hispanas como un tirón de orejas producto de algo que hemos hecho y no ha gustado o porque, simplemente, es nuestro cumpleaños y de esa manera nos están felicitando.

En el caso de las despedidas, algo que caracteriza a nuestra cultura, en general, es la demora a la hora de abandonar un lugar cuando estamos con amigos o parientes o hablando por teléfono, buscamos infinidad de motivos para prolongar la conversación hasta que al llegar al tercero o cuarto adiós decidimos interrumpir definitivamente la charla y volver a casa o colgar el teléfono. Pese a que en ciertas ocasiones los brasileños suelen demorarse al despedirse, también tienen por hábito hacerlo súbitamente para desconsuelo de cualquier hispano, que es capaz de caer en el insomnio pensando en el porqué de una decisión tan repentina, temiendo haberlo ofendido con algún comentario o por qué no, con un menú que no ha sido de su agrado.

Además, puede llamar la atención de cualquier hispanohablante un simple «buenos días», «buenas tardes» o «buenas noches» en boca de un brasileño, pues no dependemos del reloj como ellos, sino de haber almorzado o de esperar a que el sol se haya puesto para usar el saludo adecuado a cada situación. A esto le podemos sumar el caos que podría suponer el hecho de quedar con alguien en algún lugar al mediodía sin especificar a qué hora «del mediodía» ya que mientras en el mundo hispánico se refiere a un período del día, en Brasil sería una hora concreta, las 12:00. Pero el malentendido será completo, si el tal encuentro se produce en un restaurante con el propósito de almorzar con un grupo de hispanos, a los que cortésmente ha invitado (de palabra e intención), sin saber que cuando invitamos, no sólo supone ser educados y simpáticos, sino va más allá, tendrá que pagar la cuenta. Y, probablemente, como consecuencia le entrará un dolor de cabeza inesperado.

Pues bien, larga sería la lista de malentendidos entre brasileños e hispanohablantes. Evitar que un alumno de E/LE caiga en esta trampa, es una de las tantas preocupaciones que nosotros profesores debemos tener permanentemente, aunque no siempre haya sido así. Vale recordar que tres grandes momentos caracte-

rizaron de forma impactante los procesos de enseñanza/aprendizaje de nuevas lenguas de un modo general. En un primer momento, nuestro trabajo se centró en el interés de la lengua como conocimiento, como saber, en esa época, nuestro interés fue pedagógico, después, dirigimos nuestra atención hacia la lengua, como comunicación, entonces, aquí el interés fue de tipo psicosocial y actualmente la vemos como comportamiento intercultural, como una herramienta que nos permite desarrollar nuestras interacciones de un modo general, es aquí donde este interés se vuelve sociológico.

Si el lenguaje es propiamente un proceso creador directamente relacionado con el mundo que lo rodea, no hay que extrañarse de que consciente o inconscientemente adquiera las formas de los hábitos lingüísticos de cada grupo social, por este motivo nuestro trabajo no sólo puede limitarse a un tipo de adiestramiento lingüístico, sino también cultural. Podemos citar como ejemplo el *Plan curricular del Instituto Cervantes*, donde se especifica claramente esta dimensión sociocultural, promoviendo el acercamiento entre la cultura hispánica y la del país de origen, entre otras cosas. Ahora, saber transmitir ese contenido cultural es otra de las preocupaciones que nos ocupa a nosotros profesores. Desde ya sería imposible transferir todo este conocimiento como si se tratara de reglas gramaticales, o como si fuera un contenido separado de otros que intentamos pasarle al alumno. No se trata de instruir al estudiante sino de evitarle ciertos tropiezos en una sociedad que desconoce y que tendrá que explorar. Nuestra cultura nos enseña qué es lo importante y qué debemos ignorar, pero el alumno, como un náufrago en el medio de un gran océano, tratará de proyectarlo sobre su realidad, sobre sus propias experiencias, sobre su propia cultura, haciendo un esfuerzo desmedido por interpretar el comportamiento de «un nativo». Para evitar todo este desgaste, nos cabe reflexionar y concluir que el objetivo del aprendizaje intercultural es desenvolver la capacidad de receptividad del alumno, cultivar su curiosidad, trabajar las actitudes positivas de la diversidad cultural, acabar con los prejuicios, con los estereotipos a partir de una reflexión crítica sobre su cultura en contraste con la nuestra, pero evitando uniformizar y reducir esa visión, ya que como hemos visto al comienzo de nuestro trabajo, también existen malentendidos culturales entre países hispanohablantes.

BIBLIOGRAFÍA

Casares, J., 1979*, Diccionario ideológico de la lengua española*, Barcelona, Gustavo Gili.

Serrano, Sebastiá, 1988, *Signos, lengua y cultura*, Barcelona, Editorial Anagrama.

Vez Jeremías, José Manuel, 2002, «De la lingüística del contraste a la didáctica de la integración en las aulas de lengua extranjera. Un punto de vista crítico», Madrid, SGEL, pp. 2-25.